

hombres funestos que suscitaron el odio entre los pueblos y fundaron su gloria sobre el choque y el destrozo de los ejércitos: Sesostris, ese matón que vivió para hacerse reproducir en escultura colosal ante todos los templos, ese fanfarrón que hizo grabar sus hazañas, verdaderas ó falsas, en todas las paredes<sup>1</sup>; Alejandro el Macedonio, bárbaro que triunfó de los persas merced al genio de Grecia y que empeñó su orgullo en que se le divinizará como dios de Asia<sup>2</sup>; César, que representaba en Roma la democracia victoriosa y que, coronándola, la privó en lo sucesivo de toda libertad; Napoleón, «la Revolución con botas y espuelas», que legó un siglo de venganza á las naciones vencidas.

Purificar la historia de la influencia ejercida por esos errores es, pues, la tarea por excelencia de los escritores que se colocan en un punto de vista verdaderamente humano, superior á todos los odios de razas, de naciones y de partidos. Hombres estudiosos en gran número se han dedicado á esta obra, y, gracias á ellos, puede decirse que la historia cambia de alma; se renueva por el sentido moderno, infinitamente más amplio, que da á su enseñanza; no se atiene á un solo pueblo, como la *Historia* pretendida *universal* de Bossuet, ni á una sola clase, como la mayor parte de las obras que se ponen en manos de los niños y de los jóvenes; estudiando la Humanidad entera en su masa profunda; comparando el desarrollo sucesivo, paralelo ó entrecruzado de los pueblos, con sus mitos, sus intereses y sus pasiones, renueva el mundo en vista del bien de todos. Así como el hombre hizo antiguamente sus dioses á su imagen, el historiador reconstruye nuestra experiencia, desprendiendo de la multitud indistinta de los hechos el ideal que en todo tiempo, aunque inconscientemente, nos dirigió hasta una época próxima. El armazón de los hechos generales que sirvió á los historiadores antiguos nos queda aún y hasta se engrandece constantemente por las adquisiciones de los investigadores; el edificio mismo se reconstruye en proporciones más amplias, siguiendo otro plan, con ordenación más lógica, sin las capillas ni salas de honor anteriormente reservadas. Vico nos dijo que la historia se descompone en tres épocas, de los Dioses, de los Héroes y de los Hombres: se querría retenernos aún por fuerza en

<sup>1</sup> Fr. Lenormand, *Les Premières Civilisations*.

<sup>2</sup> J. Michelet, *La Bible de l'Humanité*.

la una ó la otra de las dos edades ya transcurridas; pero hemos entrado resueltamente en la de los Hombres.

Más pronto ó más tarde, la historia se dividirá en dos períodos: el del Azar y de la bárbara Ignorancia, el de la Ciencia ó de la Razón, como ya decían los Enciclopedistas. Ha habido demasiado apresuramiento en hacer remontar la historia moderna al advenimiento de la Reforma<sup>1</sup>, período en que los que pretendían estar en posesión de la verdad querían también imponerla por la fuerza. «La humanidad no acaba por andar derecha hasta después de haber probado todas las maneras de andar torcida» (Spencer).

En ese nuevo cosmos, puramente humano, el estudio de la historia no admite ya, como en otros tiempos, la intervención divina del milagro, cambiando á capricho la sucesión de los acontecimientos, ni la apoteosis de algunos personajes legendarios, colocados fuera de los simples mortales y dispensados por su genio de someterse al curso ordinario de las cosas: en lo sucesivo la ciencia del desarrollo humano está bajo la dependencia de los mismos métodos que las otras disciplinas intelectuales; no progresa sino por la observación rigurosa, la comparación estricta é imparcial, y la clasificación de los hechos, cuidadosamente ordenada en el espacio y en el tiempo.

Cualesquiera que sean las leyes ó á lo menos las apreciaciones generales á que este largo trabajo conduzca á los historiadores, éstos hacen constar ya, sin excepción alguna, que la serie de los acontecimientos se cumple por una alternación de impulso y de reposo, por una serie de acciones y de reacciones, ó de flujo y de reflujo, de «cours y de recours» como decía Vico. Hombres y pueblos «dan una vuelta y se van», pero se van para volver en un círculo siempre mayor.

Desde los orígenes de los tiempos históricos no ha cesado de aumentar la amplitud de las oscilaciones, y los mil pequeños ritmos locales se han mezclado poco á poco en un ritmo más amplio: á las ínfimas alteraciones de la vida de las ciudades suceden las oscilaciones más generales de las naciones, después el gran balanceo mundial, haciendo vibrar toda la Tierra y sus pueblos en un mismo movimiento. Y en tanto que

<sup>1</sup> Elie Reclus, *Notas manuscritas*.



las vueltas y revueltas aumentan su amplitud, otra palpación se cumple en sentido inverso, tomando cada individuo por centro de llamada y arreglando más armónicamente su vida con los círculos más extensos de las ciudades, de las naciones y del mundo. La sociedad es el «Gigante» de innumerables sentidos de que habla Aristóteles, pero ese mismo gigante no se comprende sino por los mil análisis del hombre individual, por «la apreciación delicada» (Gobineau) de cada minuto del presente.



## LIBRO SEGUNDO



## HISTORIA ANTIGUA